todo el cristianismo del Oriente. El concilio de Nicea, convocado por Constantino, condenó las doctrinas de Arrio (325) y adoptó el símbolo llamado *de Nicea*; pero no terminó con esto el *arrianismo* que siguió dividiendo á la Iglesia por espacio de muchos años.

Los Padres de la Iglesia.—En medio del desquiciamiento del viejo orden político y de las terribles invasiones de los Bárbaros, brillan en la Iglesia (durante el siglo 4º y principios del 5º) los grandes doctores que defendieron las creencias ortodoxas contra el paganismo y las herejías. Los *Santos Padres*, así llamados por la Iglesia, aparte de su misión religiosa representan la edad de oro de la literatura cristiana. Entre los latinos debemos citar á los siguientes que la Iglesia reverencía como santos: el dálmata Jerónimo que vivió desde 340 hasta 420, y fué autor de muchas obras exegéticas é históricas; Paulino, obispo de Nola (353-431) que fué también distinguido poeta; Hilario (310-368) á quien sus contemporáneos llamaron el *Ródano de la elocuencia latina*; Ambrosio (340-397) obispo de Milán; y el más eminente entre todos, el africano Agustín (354-430) obispo de Hipona, primer dogmático de su tiempo y de tiempos muy posteriores. Sobresalieron entre los griegos: Juan *Crisóstomo* (Boca de oro), que vivió desde 344 hasta 407; Basilio (329-379), obispo de Cesarea; Gregorio de Nacianzo (328-390) y Gregorio de Nisa (331-396); Cirilo (315-386), arzobispo de Jerusalén, y el grande é ilustre Atanasio de Alejandría (296-373).

Padres más notables de la Iglesia. (Siglo 4º y principios del 5º):

LATINOS.			GRIEGOS.		
	NACIÓ.	MURIÓ.		NACIÓ.	MURIÓ.
San Hilario	310	368	San Atanasio	296	373
„ Ambrosio	340	397	„ Cirilo de Jerusalén	315	386
„ Jerónimo	340	420	„ Gregorio Nacianceno	328	390
„ Paulino	353	431	„ Basilio	329	379
„ Agustín	354	430	„ Gregorio de Nisa	331	396
			„ Juan *Crisóstomo*	344	407

SIGLO 5º

CAÍDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE.

SUMARIO.

Imperio romano de Oriente.—Arcadio (395-408).—Sucesores de Arcadio hasta fines del siglo 5º (408-491).

Imperio romano de Occidente.—Honorio (395-423).—Valentiniano III (425-455).—Ultimos emperadores de Occidente (455—475).—Fin del imperio de Occidente (476).—Los *hérulos* (476-493).

Los Bárbaros.—Su origen.—Carácter general.—Sus luchas con el imperio romano.—Las invasiones en el siglo 5º.—Los *hunos*.

Cuadro de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano de Occidente en el siglo 5º.

—

IMPERIO ROMANO DE ORIENTE.

Arcadio (395-408).—El hijo mayor de Teodosio, á quien tocó la mitad oriental del antiguo imperio, dejóse guiar en los primeros meses de su reinado por el ministro Rufino, pero muerto éste por las mismas tropas imperiales ocupó su alto lugar el mayordomo Eutropio, célebre por su desacierto y más aun por la enconosa invectiva que contra él escribió el poeta Claudio Claudiano. Los *visigodos*, gracias á la torpe política de Eutropio (397), se establecieron entre los dos imperios, y su jefe Alarico fué investido del mando de la prefetura ilírica (véase *el siglo* anterior). No tardó en caer el nuevo favorito á consecuencia de las intrigas del general Gainas, de origen godo, el cual fué expulsado á su vez por el pueblo de Constantinopla, furioso al ver la protección que comenzó á dispensar al arrianismo, y desde entonces Eudoxia, mujer del débil Arcadio, quedó dirigiendo el gobierno del imperio. Murió Arcadio el año 408 y dejó el trono á su hijo Teodosio II, de cinco años de edad.

SUCESORES DE ARCADIO HASTA FINES DEL SIGLO 5° [408-491].—El prefecto Antemio gobernó algunos años en nombre del niño Teodosio, y desde 414 Pulqueria, hermana mayor de este príncipe, rigió el imperio nó sólo durante su menoridad sino en todo el tiempo que permaneció en el trono. Las tropas de Oriente obtuvieron entonces brillantes victorias sobre los persas y colocaron á Valentiniano III en la sede imperial de Occidente de la cual se había apoderado un usurpador á la muerte de Honorio. A Teodosio II sucedió Marciano (450-457), y luego vinieron los reinados poco notables de Leon I° (457-474) y León II (474). El padre y sucesor de éste, Zenón (474-491), dejó devastar el imperio por los *sarracenos* y los *hunos*, se mezcló en las interminables disputas teológicas de su tiempo, y pactó un humillante tratado con los *ostrogodos* y su célebre caudillo Teodorico.

IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

HONORIO (395-423).—El *vándalo* Estilicón, ministro y suegro del apocado Honorio, sostuvo durante algunos años con su alta inteligencia y notable valor al combatido imperio de Occidente: su política interior fué acertadísima, y contra los enemigos exteriores opuso una invencible resistencia, digna de los más gloriosos tiempos de Roma. Alarico y sus temibles *visigodos*, reforzados con varias tribus germánicas, entraron en la Alta Italia por su frontera oriental, pero fueron derrotados por Estilicón en varias batallas (402-403), y forzados á retirarse hasta el Epiro. Apenas deshecha esta tormenta apareció otra más formidable: una hueste de 300,000 guerreros, entre los que se contaban *ostrogodos, vándalos y suevos*, acaudillada por Radagaiso, avanzó hasta Florencia y le puso estrechísimo cerco. Volvió Estilicón á empuñar la espada, puso en salvo á Honorio tras los muros de Rávena—que fué desde entonces y sucesivamente, residencia habitual de los últimos emperadores, de los reyes *ostrogodos* y de los *exarcas* bizantinos—y logró destrozar á los nuevos invasores que perdieron á su jefe Radagaiso (405.) Los inmensos aprestos de Estilicón para defender á Italia le obligaron á retirar las guarniciones de las otras provincias de Occidente; en Bretaña se alzó un competidor de Honorio llamado *Constantino*; las Galias fueron invadidas por *francos, alanos y suevos;* y para colmo de males, Alarico exigía una gruesa suma que al fin le fué pagada por el gobierno de Honorio.

En tanto que Estilicón desplegaba sobrehumanos esfuerzos para apuntalar el ya desmembrado y vacilante imperio, sus émulos y envidiosos tramaban su pérdida y el imbécil Honorio, á quien se hizo creer que el *vándalo* aspiraba al trono, mandó matarle (408) y que se asesinase también á los amigos del que había sido varias veces salvador de Italia.

Apenas desapareció este héroe, uno de los últimos del moribundo imperio romano, se precipitó sobre Italia el torrente por tanto tiempo contenido: Alarico entró otra vez en la peninsula (408) y plantó sus tiendas ante Roma, que compró su rescate con una crecida suma de oro, completada con el metal de la antigua estatua de la *Virtud romana*. Luego el terrible *visigodo* entabló negociaciones con Honorio, y como éste se negase á satisfacer sus exigencias, Roma fué entrada á saco durante tres días (24-27 de Agosto de 410). Alarico murió en ese mismo año, y su sucesor Ataulfo se trasladó poco después á la Galia *Narbonense* (412). En 415, las *visigodos*, dirigidos por el mismo Ataulfo invadieron parte de España, pues que se fijaron en la zona comprendida entre los Pirineos, el Llobregat y el Segre. Aquel jefe murió asesinado y su hermano Walia, elegido rey, se sometió en apariencia á Honorio, quien le concedió el territorio comprendido desde Tolosa hasta la costa del Atlántico, y desde el Garona hasta los Pirineos. Formaron, pues, los *visigodos* con esta donación y con la zona que ya poseían en España un estado respetable, ensanchado más y más por los sucesores de Walia desde 466 en adelante.

Ya en el año 409 los *vándalos, alanos y suevos* se precipitaron sobre España procedentes de las Galias; todo lo destruyeron y asolaron, pero al cabo de dos años estableciéronse con más ó menos fijeza en el suelo de aquella península. Poco tiempo después, los *francos* y los *borgoñones* ocuparon las regiones Norte y central de las Galias; y la Bretaña, abandonada por las tropas romanas y em-

bestida de contínuo por los pueblos del Norte [*pictos y escotos*] llamó en su auxilio á los *anglos y sajones* que al fin quedaron dueños de casi todo el territorio británico. Africa, libre de invasores hasta 429, fué presa de los *vándalos*, procedentes de España,

Honorio, soberano de aquel mutilado imperio que ya comenzaba á agonizar, murió en 423 y fué su heredero el niño Valentiniano, hijo de su hermana Placidia y del bravo Constancio, muerto también, y que su imperial cuñado había ascendido al rango de *augusto*. Aprovechándose Juan, notario de palacio, de la ausencia del heredero legítimo y de su madre que se hallaban en Constantinopla, se ciñó la corona imperial, pero Teodosio II, monarca de Oriente, intervino con energía á favor de Valentiniano, y un ejército suyo tomó á Rávena, mató al usurpador Juan y colocó sobre el trono al sobrino de Honorio (425).

VALENTINIANO III (425-455).—Siendo tan niño el nuevo emperador de Occidente gobernó en su nombre su madre Placidia. Dos hombres eminentes, el conde Bonifacio y el general Aecio, causaron con su recíproca enemistad males de gran tamaño al quebrantado imperio. Aecio invitó á Placidia á llamar de Africa á su gobernador Bonifacio, é hizo decir á éste que la emperatríz le llamaba para matarle. Bonifacio se armó para defender su vida que creía injustamente amenazada, y en su despecho recurrió al auxilio de los *vándalos* de España.

La invasión de Africa por los *vándalos* que acaudillaba su rey Genserico, se efectuó en Mayo de 429. Ya entonces se había descubierto la calumnia y restablecido la antigua amistad entre la regente y Bonifacio, el cual quiso deshacer lo hecho y entabló negociaciones con el jefe *vándalo* para que volviese con los suyos á España; pero era tarde, y de ahí se originó una guerra que terminó con la pérdida de aquella valiosísima provincia. Genserico derrotó en varias batallas á los romanos, sitió y tomó las principales ciudades y después de varios años de constantes victorias, obligó al gobierno imperial en 442 á convenir en un tratado de paz por el que se le reconocía como dueño del Africa, con excepción de algunas pequeñas plazas de Mauritania.

La rivalidad entre aquellos dos hombres sólo terminó con la muerte de Bonifacio (432) en un combate con las tropas de su contrario. Aecio fué desde entonces, como general y ministro, el más

robusto sostén del imperio cuya caída detuvo por más de veinte años. Desde 433 hasta 445 combatió con éxito á todos los pueblos que habían invadido la Galias, y aunque no le fué posible expulsarlos sí logró que reconociesen la supremacía del imperio.

Pero la espantable invasión de Atila y los *hunos* había de inmortalizar al intrépido Aecio. Aquel rey, seguido de sus feroces hordas asiáticas y de otros pueblos que encontró en su camino, se movió á principios de 451 desde las orillas del Danubio en dirección al Rhin, Al entrar en las Galias el ejército invasor contaba de seiscientos á setecientos mil guerreros que Aecio afrontó con numerosas tropas de romanos, *godos y francos* en los *Campos Catláunicos*, cerca de la moderna Châlons-sur-Marne á principios de Junio de 451. Murieron en esa tremenda batalla ciento sesenta y cinco mil combatientes; en ella se decidió del porvenir de Europa, y las águilas de Roma al triunfar por última vez, salvaron los tesoros de la antigua cultura del mundo civilizado y las esperanzas de la joven raza germánica.

Atila después de su derrota se retiró á Panonia, pero en el año siguiente (452) invadió Italia y cayendo como un torrente sobre la antigua é histórica Aquileya la destruyó por completo; los habitantes de las comarcas vecinas se refugiaron en los islotes de la laguna alrededor de Rialto y fundaron la ciudad de Venecia que luego alcanzó tan grande poderío; los *hunos* destruyeron más ciudades y ocuparon otras, exigiéndoles cuantioso rescate; el papa Leon Iº el *Grande*, con anuencia de la espantada corte de Rávena, se adelantó hasta cerca de Mantua y negoció la paz con Atila, quien cargado de botín abandonó Italia y murió poco después (453). Aecio no podía contar en Italia con la cooperación de los pueblos germánicos de las Galias, como en el año 451, y tuvo que reducirse á defender la línea del Po, apoyándose en las fortalezas cispadanas y los Apeninos. Sin embargo, es de presumirse que este hábil general auxiliado por las fiebres que hacían ya grandes estragos entre los *hunos*, hubiera acabado por derrotarlos segunda vez, á no impedírselo la paz que se apresuró á convenir el medroso Valentiniano.

Pasado el peligro, creyó el imbécil Valentiniano III que era tiempo de deshacerse de Aecio, blanco de su envidia y de sus mezquinos recelos, y á instigación también de su camarilla de eunucos le atravesó un día (454) con la espada que no había querido